

mundo exterior. Sería, pues, temerario querer pesar el conocimiento exacto del valor del bien y del mal sobrevenido por la transformación étnica, lo mismo que por la social y moral de las poblaciones hindus. Un sabio *pandit*, Sivanath Sastri, enumera en seis argumentos principales los beneficios de la educación inglesa en Bengala, que opone á cinco consecuencias perjudiciales. ¿Pero cuál es el total predominante, según él? Resumiendo la opinión de este indígena imparcial, parece que en general la influencia occidental más ha contribuido al progreso que determinado un retroceso. Sin haber de reproducir la contabilidad moral establecida muy detalladamente por el profesor hindu, es necesario que conste que la abominación de las uniones prematuras, tan deplorable desde el punto de vista de la raza, deja de ser la regla para convertirse en la excepción, y las niñas esperan ahora en muchos distritos de Bengala hasta la edad de trece ó catorce años antes de casarse. La instrucción se ha extendido, no sólo entre los hombres, sino también entre las mujeres, y las recopilaciones científicas y literarias penetran en los gineceos. Aunque los Ingleses se hayan constituido en casta superior sobre toda la jerarquía de las castas nativas, las fronteras de separación entre Hindu é Hindu han perdido su carácter religioso, se han hecho más flotantes y en distintos puntos hasta han llegado á desaparecer. Además, el contacto del extranjero ha dado á los habitantes de la India lo que no habían tenido en ninguna época, el «sentido de la unidad nacional». Por la primera vez en la historia del país, los niños han aprendido á considerar como su patria el inmenso territorio que se extiende desde el Himalaya al cabo Comorín, y como sus compatriotas á los millones de seres que le habitan.

No cabe duda que semejante cambio es de capital importancia, porque equivale á decir que las poblaciones de la India entran en un período de cohesión nacional análoga á la que han atravesado sucesivamente los Helenos, los Italianos, los Alemanes, y, aunque no puedan pensar todavía en la conquista de su autonomía colectiva, es un hecho importantísimo que su imaginación pueda inclinarse hacia la aspiración de la «India para los Hindus». Un doble movimiento, de orden á la vez material y moral, se realiza al mismo

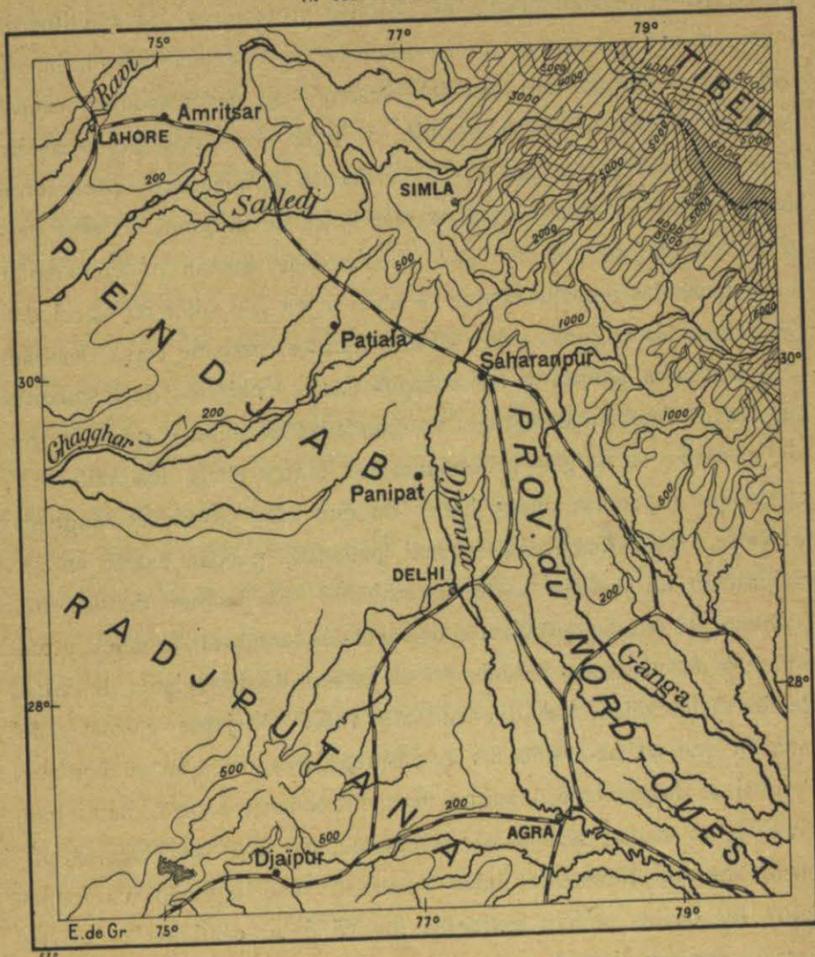
tiempo. La península se estrecha, ve reducirse sus dimensiones en todos sentidos á consecuencia de la construcción de los caminos y de la mayor facilidad de las comunicaciones, pero crece en proporción inversa por el comercio, la industria y los conocimientos.

Estas ventajas se compran hartó caras. A excepción de algunos distritos de montañas ó de bosques protectores, los súbditos de toda raza — á quienes se enseña desde tiempos inmemoriales la humildad y la docilidad, virtudes del esclavo — se dejan esquilár cándidamente lo más al rape posible, y toda una sabia organización, legada á los Ingleses por los expertísimos dominadores que fueron los Grandes Mongoles, logra extraer miles de millones de esos desgraciados que no tienen nada. Los artistas gustan de contemplar las abigarradas multitudes que se mueven en las calles de las ciudades, entre las pagodas y los árboles floridos, pero de cerca tiemblan ante las caras pálidas y los cuerpos flacos, cubiertos de pestilentes andrajos. También es curioso ver bandadas de míseros que recorren los caminos en largas procesiones oscilantes hacia los talleres¹, ¿pero qué esperanza puede haber de que esos cavadores fangosos, informes, mal alimentados y mal pagados, puedan entrar en una civilización de justicia y de fraternidad? El hambre domina frecuentemente en las provincias occidentales, arrebatando miles y aun millones de víctimas, reduciendo al estado de esqueletos la mitad de los miserables que quedan con vida. Quéjense entonces del monzón que no ha traído las lluvias regulares con que se contaba. Pero si el desgraciado, aunque maravillosamente sobrio, hábil para vivir de la nada, acaba por sucumbir, es que las reservas públicas son absolutamente nulas y que se han agotado los fondos sobre los cuales podían extraerse los 15 ó 20 céntimos necesarios para la conservación de cada existencia humana. Sin embargo, sea bueno ó malo el año, el presupuesto se cierra siempre, hallándose invariablemente los 500 millones de francos que exige el pago de los funcionarios, y, con ocasión de las grandes fiestas en honor de los príncipes, no faltan jamás los diamantes y el oro para adornar las trompas de los elefantes y las frentes de los caballos.

¹ Rudyard Kipling, *Kim*.

De todos modos, sea buena ó mala la influencia altanera de los Europeos, los dominadores extranjeros no son amados, ni pueden serlo, puesto que quieren ser temidos. Sus únicos amigos y aliados son los ricos negociantes Parsis, Arios de raza pura, á quienes sus

N.º 532. Simla y Delhi.



repletas cajas de caudales hacen respetar de los amos lo mismo que de la multitud, y de quienes se aceptan graciosamente grandes donativos para la construcción de caminos, de escuelas ó de hospitales. Además, los Ingleses cuentan con la adhesión de todos los pueblos donde reclutan mercenarios y la multitud innumerable de

las gentes que se ofrecen para las bajas funciones administrativas y para la domesticidad. Lo importante para ellos, después de los beneficios que dan la dominación y la posesión del presupuesto, consiste en hacer su posición estratégica absolutamente perfecta, al menos al interior, porque lo desconocido y lo imprevisto comenzará más allá de las fronteras. Y verdaderamente se ha hecho todo lo



UN RINCÓN DE SIMLA

Cl. J. Kuhn, París.

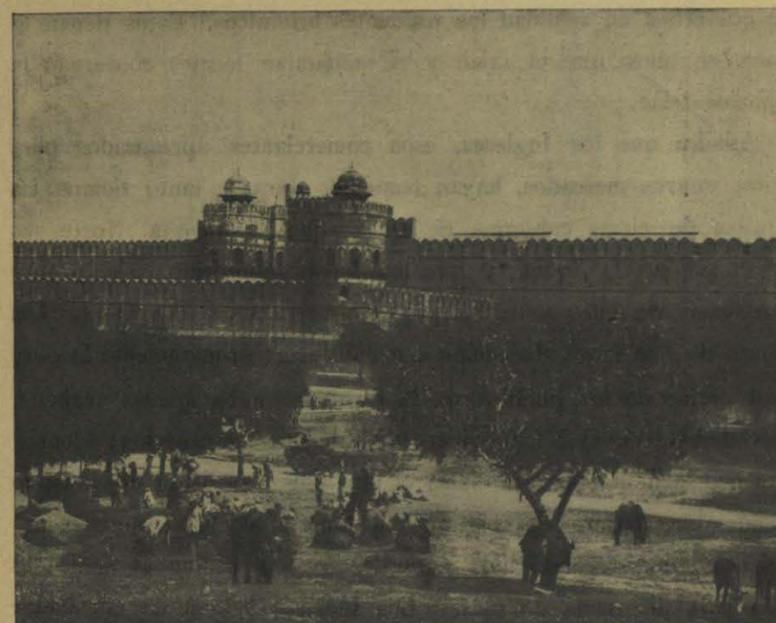
que la prudencia humana puede aconsejar para que los cimientos del gran edificio sean indestructibles. En el aparente desorden administrativo, causado por antiguas supervivencias y por el laberinto de los enclaves formados por los Estados sustraídos á la autoridad directa del imperio, todo funciona con una regularidad maravillosa. Los puntos vitales están ocupados, y la red de caminos y de ferrocarriles, aumentada cada año, permite repartir á voluntad los elementos de la fuerza soberana.

El desplazamiento gradual del centro de potencia nos facilita un índice bien claro de la solidaridad política adquirida por la dominación inglesa. En el siglo XVIII, cuando se fundó, en beneficio

de la Compañía de las Indias, el gran imperio colonial de la península Gangética, los puntos de unión, Calcuta, Madras y Bombay, eran todavía exteriores: tenían que servir en primer lugar el movimiento comercial con Europa. Pero la cohesión del conjunto exigía que la fuerza se dirigiese hacia el interior, y aunque las ciudades de tráfico sobre el contorno de la comarca conservasen su rango de capitales, la potencia militar gravitaba naturalmente hacia Dehli, la ciudad que domina á la vez las dos vertientes del Indo y del Ganges.

Según las oscilaciones de las guerras y la presión mutua de los pueblos, el foco de ataque ó de resistencia se desplazó ligeramente al Este ó al Oeste del centro natural de gravedad. El rey misionero Açoka había fijado su residencia cerca del Indo, con objeto de aproximarse á los países de ultramontaña á donde sus enviados iban á llevar la «buena nueva». Las emigraciones de pueblos invasores solieron dar una importancia excepcional á las provincias del Noroeste, y, por esta razón, la espléndida Lahore, sobre el Ravi, fué entonces el principal centro de potencia: allí reinaron los Grandes Mongoles, después los Sikhs. Pasado algún tiempo, por la excelencia del terreno de la proximidad de Panipat, donde se disputaba el paso de la Djamna, se resolvieron entre conquistadores é indígenas los conflictos más sangrientos y decisivos: los Ingleses, á fin de permanecer dueños de esta «Bélgica del Hindostán», han establecido sus «acantonamientos» militares más poderosos á lo largo de la línea histórica: desde el Satledj hasta el Djamna bordea la vía una cadena de campamentos y ciudadelas. La Dehli actual, sucesora de otras Dehlis arruinadas que ocupaban una vasta extensión, fué la segunda capital del imperio de los Grandes Mongoles, y hasta cierto punto es todavía la capital ficticia de la península Gangética, puesto que allí se levanta el trono donde, por procuración, la reina de Inglaterra fué proclamada emperatriz de las Indias. Puede verse cómo se concentra poco á poco la vida británica sobre un contrafuerte del Himalaya, desde donde se ve á lo lejos la llanura de doble vertiente cubierta por multitudes humanas. Cuando en 1819 se elevaron las primeras quintas inglesas sobre la cresta del Simla, hubiérase podido atribuir el hecho, insignificante en apariencia, á simple casualidad; pero si la villa creció de año en año y acabó

por transformarse en ciudad y, después, en 1864, en residencia imperial, fué debido á que sus ventajas fuéronse reconociendo gradualmente. Es indudable que la mayor parte de los Ingleses que se agrupaban en la ciudad nueva no pensaban más que en asegurarse una residencia sana en una atmósfera fresca y pura, á 2,000 metros de altura media; pero los gobiernos habían comprendido, quizá ins-



Cl. J. Kuhn, París.

EL FUERTE DE AGRA
que data de la segunda mitad del siglo xvi.

tintivamente, que el promontorio de Simla, que domina de una parte el Satledj y de la otra un afluente del Djamna, vigila precisamente la cima del triángulo formado por el Hindostán septentrional, y guarda, por el alto valle del Satledj, la única entrada relativamente fácil del Tibet; por último, no hay ciudad alguna mejor situada, con los campamentos militares de la base, para dominar las poblaciones particularmente belicosas de las tierras inferiores, los Sikhs y los Radjpoutas.

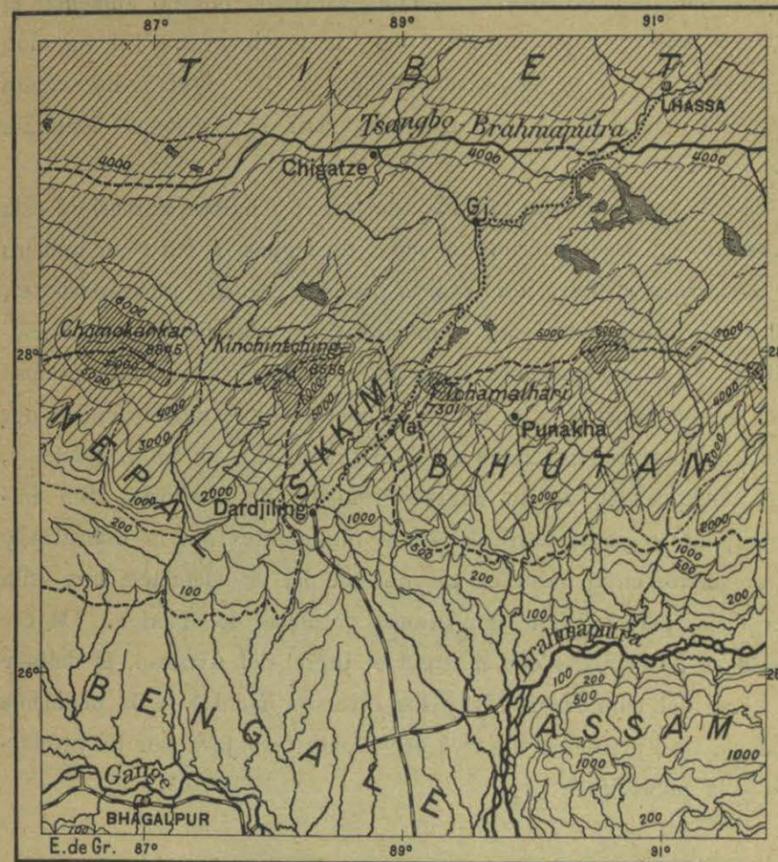
Asimismo sobre el borde de la meseta que limitan los Gaths, la ciudad de Puna, á pesar de la peste y del hambre existentes en sus contornos, ha adquirido una influencia preponderante como esta-

ción veraniega, merced á su posición relativamente saludable que domina las dos vertientes en las inmediaciones de la arista peninsular. Los demás centros administrativos y militares ocupan también puntos desde donde las tropas pueden dirigirse lo más fácilmente hacia todos los lugares donde pudiera producirse algún peligro. Los dueños de la comarca no fueron molestados en el establecimiento de su red estratégica por la existencia de grandes Estados feudatarios, que gobiernan en realidad los residentes británicos. Estos tienen el poder, en tanto que el rajah y el maharajah locales conservan la responsabilidad.

Admira que los Ingleses, esos comerciantes apresurados para abrirse nuevos mercados, hayan respetado durante tanto tiempo las murallas de cimas cubiertas de nieves que dominan al Norte sus posesiones de la India, y que no hayan adquirido más pronto derechos comerciales sobre las poblaciones pacíficas del Tibet. Las razones de esta larga abstención son múltiples: primeramente la obra de absorción de los pueblos de la frontera estaba apenas acabada, especialmente en el Nepal, vivero de soldados mercenarios; además, la menor incursión armada hacia el alto país representa un esfuerzo considerable, á causa de las largas distancias, de los penosos escalamientos, de los obstáculos naturales que presentan el suelo, el clima y la diferencia de razas. Los Ingleses habían de considerar también que los hábitos seculares del tráfico son tanto más difíciles de cambiar cuanto que las poblaciones locales, dominadas por un gobierno de sacerdotes, carecían de iniciativa. Un sistema de espionaje complicadísimo, en el que se emplean gentes de diversas razas y religiones, constituyó casi exclusivamente la acción política de Inglaterra en el Tibet. Sin embargo, está decidida, y, como por casualidad, ha escogido el momento en que el gran imperio antagónico del Norte se hallaba muy ocupado en otras regiones del planeta. Los preparativos de la expedición habían sido bien hechos y los peligros que acompañan una marcha de larga duración, á una altura de 3 á 4,000 metros, perfectamente previstos; de modo que toda la dificultad consistió en vencer la diplomacia dilatoria de los lamas por una paciencia más larga y una voluntad más fuerte. Aunque la distancia de Dardjiling á Lhasa sea sólo de 400 kilómetros,

se necesitó más de un año para recorrerla; pero al fin el Europeo pudo penetrar en la «Ciudad prohibida» (3 Agosto 1904); á lo

N.º 533. Expedición de Lhasa.



1 : 5 000 000
0 100 200 300 Kil.

La expedición salió de Dardjiling en Junio 1903. Las negociaciones delante de Yatung (Ya.), la primera localidad tibetana, sobre la vertiente del Himalaya, duraron desde Julio á Diciembre; la garganta de la cadena principal, 4,635 metros de altura, fué atravesada el 8 de Enero 1904; se parlamentó de nuevo de Abril á Julio en Gjangtsé (Gj.); antes de llegar á Lhasa, fué preciso franquear una garganta de unos 5,000 metros de altura.

El tratado anglo-tibetano estableció mercados abiertos al comercio hindu: dos sobre el camino de Lhasa, en Yatung y en Gjangtsé, el tercero en el Tibet occidental, en Gartok, hacia las fuentes del Indo. Mediante el pago de una indemnización de mil doscientos millones y medio de francos, las tropas inglesas habían de evacuar el territorio tibetano. Esos convenios fueron cumplidos por ambas partes (1907).

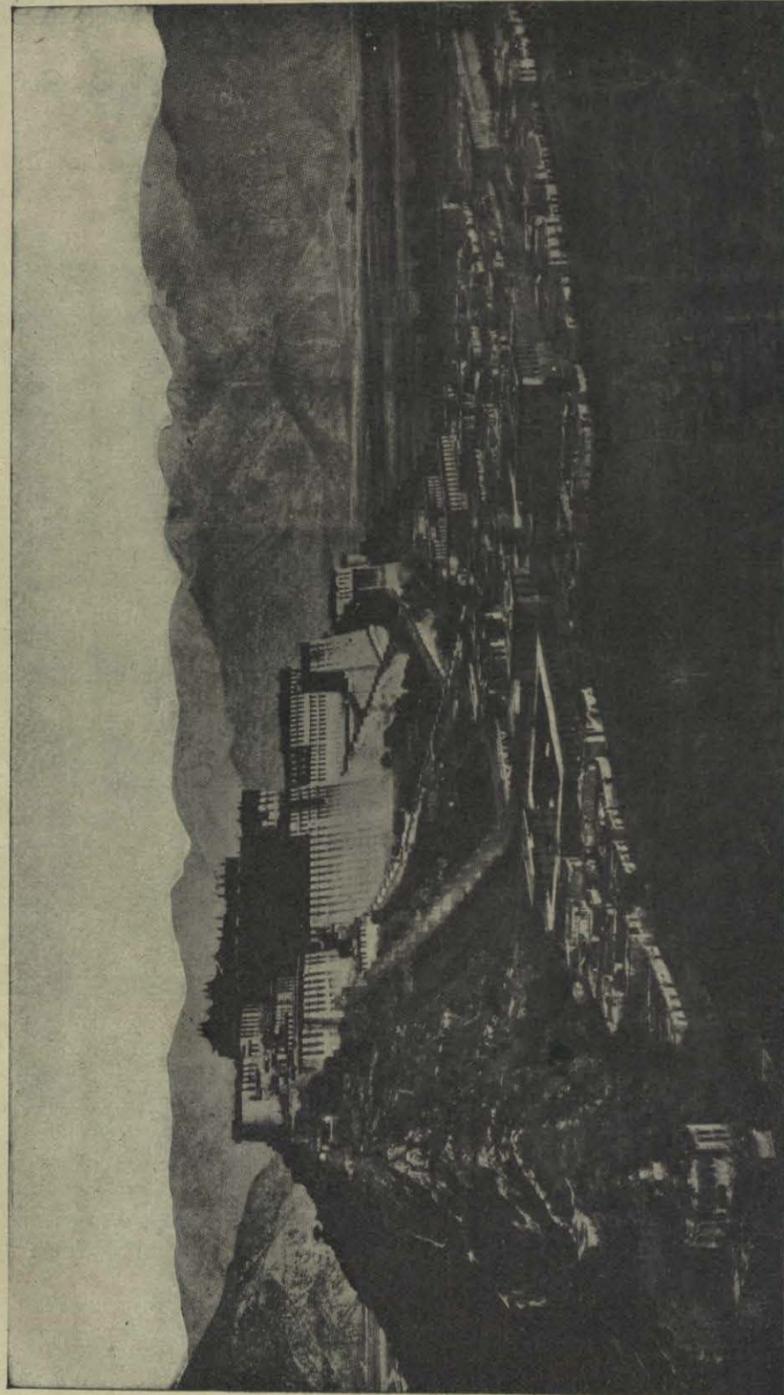
menos supo entrar en ella pacíficamente y retirarse en cuanto fué firmado el tratado. Los resultados geográficos de esa marcha en el

valle del alto Brahmaputra serán indudablemente importantísimos.

Tan grande es la extensión del imperio indio, tan variadas las multitudes de sus pueblos, que la mayor parte de los personajes que representan Inglaterra hacen honrados esfuerzos por no aumentar el extenso mundo cuyas riquezas han de administrar. Tal ha sido la prudencia, que en distintas ocasiones la Gran Bretaña ha negado á sus nacionales el permiso para organizar expediciones científicas hacia el Tibet.

Pero ese territorio asiático de tan prodigiosa extensión está expuesto, en sus contornos de miles de leguas, á tan gran número de accidentes posibles, que el más prudente de los administradores, solicitado en su mentalidad de funcionario por un doble deber nacional, el de no comprometer á su gobierno en una aventura prematura mal combinada, y el de no disminuir el prestigio británico por demasiada mansedumbre, es quizá el provocador de un conflicto y, por consecuencia, de un engrandecimiento de territorio. Sin embargo, hay regiones particularmente interesantes por la industria y el comercio, cuyo valor es tal que no ha de simularse una falsa vergüenza para suscitar las ocasiones propicias de anexión. De ese modo se ha ocupado con destreza el litoral del Arrakan, el delta y el curso del bajo Iraouaddy y los diversos Estados de la península malaya, que prometen llegar á ser pronto otra Java por los productos y la población.

Comparada con la China, la India tiene muchas menos grandes ciudades: una parte proporcionalmente más elevada de su población continúa viviendo en los campos, y seguramente el régimen de las castas es una de las causas que retarda la fundación y el crecimiento de villas y ciudades en la península Gangética. Los habitantes de la India, á quienes la industria y el comercio no han dado aún la movilidad que distingue á sus hermanos chinos, tienen una moral de casta que corresponde á sus condiciones económicas. En efecto, en una gran aglomeración de hombres es imposible, ó al menos difícil, á un hombre de alta casta evitar la aproximación, á veces hasta el contacto, de los individuos de clase baja que manciullan de lejos por su aliento á los privilegiados de origen divino. Al



Cl. Sven-Hedin.

PALACIO DEL POTATA EN LHASSA

objeto de permanecer, en cuanto sea posible, alejado de todo soplo impuro, el Malayali, es decir, el habitante del Malabar, tiene el cuidado de acostarse en la parte absolutamente central de la casa, la cual está asimismo situada en medio del jardín, á igual distancia de las multitudes que transitan al otro lado de la pared de tierra. Pero si las ciudades son raras en las comarcas donde el régimen de la casta se observa en todo su rigor, puede decirse que, por contraste, una villa continua se extiende á lo largo de los caminos, lo que admiraba al gran viajero árabe Ibn-Batuta y lo que admira igualmente en nuestros días á los visitantes europeos de las costas del Malabar ó de Ceylan: «Sobre toda esa longitud del País de la Pimienta, que es de dos meses enteros de camino, no hay un solo sitio inculto, porque cada uno tiene su jardín y una casa en medio de ese jardín, con una barrera de madera que separa del camino la casa de cada habitante». El cuidado de la pureza familiar perfecta va tan lejos, que cada vivienda tiene un nombre diferente según la casta del que en ella reside: el brahmán de noble raza y el brahmán inferior, el poderoso kchatrya y el de menor importancia, el servidor del templo, los artesanos, el paria y el hijo de esclavo constituyen grupos á los que corresponden exactamente jerarquías de castas diversamente designadas.

Además esas castas rígidas, que se creen inmutables y que deberían serlo siguiendo los códigos que dictaron los antiguos dominadores, no cesan de modificarse forzadas por los cambios económicos. En las provincias del Norte principalmente, donde el movimiento histórico se precipita más vivamente que en el Mediodía de la península, una constante evolución exalta ciertas familias y rebaja otras.

Hay brahmanes de alta aristocracia, como los del Avuah, que se sienten seres tan superiores que no consentirían jamás relacionarse con otros «dos veces nacidos», por ejemplo, con los Namburs de la costa de Malayalam; pero un simple accidente puede despojarles del carácter sagrado del brahmán: que la lepra le toque, y decae en seguida; que contraiga una alianza inferior, y todos se separarán de él con repugnancia. Hay casos remediabiles de pérdida de la nobleza de casta y que permiten remontar los grados de donde se cayó; mas para recobrar su rango, ¡cuántas oraciones se han de recitar,

cuántas vergüenzas y mortificaciones se han de sufrir! La expiación material, que consiste en no beber más que orines y no tomar más alimento sólido que el recogido en la boñiga de vaca, es un símbolo de las expiaciones morales á que el decaído ha de someterse. Sucede en algunas circunstancias excepcionales, que la pobreza no extingue la radiación de gloria que rodea la cabeza de los brahmanes, gracias á su reputación de santidad, á la virtud de sus mace-raciones; pero, cuando se prolonga, la miseria es siempre causa de decadencia, habiéndose visto tribus de brahmanes que han llegado hasta vender sus hijas, y, por el contrario, el dinero ha procurado muchas veces la alta nobleza que no había dado el nacimiento. «La casta está en la caja de caudales» es un dicho favorito de los banqueros de Murchidabad; asimismo, repitiendo una leyenda tan fácil de comprender como la de la lluvia de oro que fecundó á Danae, los radjah de Travancore se dicen haberse convertido en brahmanes pasando por el vientre de oro de una vaca mágica. Los Haitianos, entre los cuales los negros y mulatos constituyen dos castas enemigas, expresan la misma idea en un cándido proverbio: «*Neg riche li milate; milate pauvo, li neg*», es decir, «Al negro rico le llaman hombre de color, al mulato pobre se le llama vil negro».

En el mundo infinito de las castas, entre los «dioses sobre la Tierra» y los inmundos Tchandalas, se depositan muchas estratificaciones de una manera incierta y flotante, por decirlo así, á consecuencia del vaivén constante de la evolución económica. Hay castas que perecen como resultado de un cambio político de una revolución comercial; otras surgen, suscitadas por un nuevo medio: tal la casta de los palafreneros ó *cavaleves*, que nació después de la llegada de los Portugueses á Ceylán. El régimen británico, acompañado de nuevas industrias que suplantaban profesiones antiguas, tuvo por consecuencia en muchos puntos toda una nueva jerarquía de clases. Las castas de vagabundos existen todavía, lo mismo que las de ladrones; pero las de los asesinos, como lo eran antes los Thugs, parecen haber sido exterminadas, á menos que no subsistan algunos restos y ceremonias simbólicas representantes de actos sanguinarios. Entre las tribus más curiosas, existía una sobre la costa de Malabar, que el viajero Pyrard describe con cándida admiración

á causa de las dos fases alternantes de su vida y de su moral: allí se entregan las gentes, según el cambio de los monzones, unas veces á la industria de los naufragios, otras á los trabajos del campo, mostrándose, conforme á las exigencias de su medio, crueles piratas ó dulces y honrados agricultores. Entre los descendientes de aquellos depredadores suelen los Ingleses reclutar sus agentes de policía: el influjo de la herencia debe hallarse en el nuevo oficio.



NASSICK, SOBRE EL GODAVERI

Á 150 kilómetros al Este de Bombay.

En el sud de la India, donde el régimen de las castas tiene tanta potencia, prevalece otra división social, desconocida en las comarcas del Norte. Los habitantes clasificados pertenecen todos á la «Derecha» ó á la «Izquierda», según las prescripciones religiosas relativas á las abluciones: unos deben lavarse el cuerpo empleando sólo la mano derecha y los otros sirviéndose únicamente de la mano izquierda. Los Hindus se han ingeniado para observar, en el género de vida ó en los hábitos de trabajo, diferencias insignificantes, pero suficientes, no obstante, á sus ojos para justificar la creación de castas absolu-